

Los mineritos olvidados de Bolivia

En las entrañas de la tierra

Abigaíl, de 14 años, empuja vagonetas cargadas de rocas durante doce horas a cambio de dos euros. Unos 13.000 niños trabajan como mineros en Bolivia

Texto: ANDER IZAGIRRE Fotos: DANIEL BURGUI

Hacia las seis de la tarde, la montaña empieza a escupir hombres azules. Salen de las bocaminas, rebozados de polvo de estaño, levantan la cara hacia la luz y enseguida la agachan, deslumbrados. Caminan cabizbajos, sin quitarse el casco, arrastrando las botas por la gravilla, en silencio. Diez mil mineros bajan como hormigas por las laderas del Cerro Rico hacia la ciudad de Potosí.

En un pedregal a 4.300 metros de altitud, en la caseta de adobe donde vive con su familia, Abigaíl Canaviri se calza el casco, la lámpara frontal y las botas de goma. Esta niña de 14 años espera a que salgan los mineros para entrar a trabajar toda la noche bajo tierra.

El Cerro Rico es un montañón despellejado, destripado y desmochado. Esta pirámide rosácea, de la que manan hemorragias minerales por seiscientas heridas, alcanzaba los 5.200 metros de altitud cuando llegaron los colonos españoles y ha menguado hasta los 4.700. Durante cinco siglos la han perforado, socavado, dinamitado y triturado, le han roído noventa kilómetros de túneles en las entrañas. Le arrancaron quince mil toneladas de plata pura; hoy le siguen sacando tres millones de kilos de rocas al día para obtener estaño, cinc y plata. Las laderas se derrumban aquí y allá, y los potosinos temen el día del colapso final, el hundimiento apocalíptico que culmine la historia del Cerro Rico: en sus entrañas yacen los huesos, o el polvo de los huesos, de docenas de miles de mineros. La montaña que devora hombres, la llaman.

Los supervivientes de hoy bajan caminando o apiñados en camiones a la ciudad, extendida en una meseta a 4.000 metros, con las iglesias alzando torres barrocas en medio de un oleaje de luz blanca, del mar de destellos que el sol arranca a los tejados de calamina del cinturón de chabolas, del esplendor de la miseria que inunda Potosí al atardecer. Y a las ocho, cuando ya van saliendo los últimos hombres azules, Abigaíl entra por una bocamina angosta. Da pasos cortos, siempre pisando los raíles de las vagonetas para no hundirse en el fango anaranjado, en ese puré de metales y aguas

fétidas, estirando el brazo derecho para palpar metro a metro la roca viva, agachándose cada poco para no golpearse con las vigas podridas que apuntalan la galería. Así camina por los bronquios del Cerro Rico, respirando un miasma caliente, pegajoso, saturado de sílice, asbesto y arsénico, abriendo en la oscuridad una cuña de luz con la lámpara de su casco.

En el fondo del túnel, a 1.500 metros de la superficie, le esperan las rocas arrancadas por los mineros durante el día. A veces con la ayuda de su madre, casi siempre ella sola, amontona las piedras en una vagoneta y la empuja por los raíles hacia el exterior. La carga ronda los 300 o los 400 kilos. «Cuando empecé con 12 años, se me hacía muy pesado», explica. «Ahora ya me voy acostumbrando. Pero siempre es muy cansado. Hace calor. Y a veces tengo miedo».

Avanzar «como lagarto»

Miedo de que se le voltee el carro, cuando se lanza en los tramos cuesta abajo y ella intenta retenerlo. De los lugares tan estrechos en los que apenas hay sitio para la vagoneta y ella tiene que agacharse y avanzar «como lagarto». De la silicosis: un médico le dijo que debe dejar la mina para que no le ocurra como a su papá, que escupía pedazos de pulmón sanguinolentos. Y murió ahogado cuando ella tenía 8 años. Abigaíl también teme que algún minero borracho la viole: dos amigas suyas de 12 y 13 años ya han tenido bebés por este motivo. Pero le empuja otro miedo mayor: el miedo al hambre. «Hace pocos días murió un bebé en Pailaviri porque no tenía qué comer», dice. Y piensa en su hermano de cuatro años.

Durante el día, entre los trabajadores de este submundo también pueden verse adolescentes: golpean la peña con mazo y cincel, horadan la galería con barrenas, insertan cartuchos de dinamita, incluso ayudan a los perforistas, que taladran la pared con martillos neumáticos en medio de una polvareda tóxica que ciega y asfixia. Los chavales más pequeños reptan por túneles minúsculos, donde no cabe un adulto. Reptan apoyándose sobre los antebrazos, arrastrando la perforadora con la mano, acercándose metro a metro hacia una cavidad ardiente. La temperatura suele superar los sesenta o setenta grados. Tienen diez minutos para excavar un poco más el hueco, enroscarse sobre sí mismos, girar y regresar arrastrándose al encuentro de sus compañeros y del aire fresco.

Durante la noche, la mina está desierta. En la oscuridad sólo resuena el chapoteo de las botas de Abigaíl. Puede que en alguna galería lejana un juku rasque rocas. Los jukus (búhos, en quechua) son ladronzuelos nocturnos, casi siempre jóvenes, que excavan túneles clandestinos para llegar a las vetas y robar mineral. Si los atrapan los mineros adultos, es probable que salgan con algún diente de menos.

Abigaíl tarda dos horas en caminar hasta el fondo de la galería y sacar una vagoneta cargada. Repite la operación seis o siete veces. Comienza a las ocho de la noche y no termina hasta las ocho o diez de la mañana. Por ese trabajo de doce o catorce horas nocturnas le pagaban veinte pesos diarios (dos euros), cuatro veces menos de lo que cobra un adulto por la misma tarea. Pero desde



8

hace varios meses Abigaíl trabaja gratis. Sus minúsculas ganancias se las restan a la deuda de 2.000 euros que le cargaron a su madre viuda.

La historia de doña Margarita, la madre de Abigaíl, es la de tantas viudas de mineros: al morir el marido y quedarse sin ingresos, tuvo que abandonar su vivienda y subir con los cuatro hijos a una caseta de adobe en la ladera pelada del Cerro Rico. Un cuartucho lóbrego, sin ventanas, cubierto por una chapa de cinc agujereada. Los vendavales del Cerro silban en las rendijas de las paredes, apenas tapadas por cartones y plásticos. Las goteras suelen embarrar el suelo de tierra, donde se aprietan los sacos con la ropa de la familia, una mesita con



1. Efraín Espinosa (12 años). Un chucho callejero le mordió en la pierna. «Estuvo varios días con fiebres. Le dio la rabia», dicen sus compañeros. Hijo de un minero que murió de «mal del corazón», desde hace un año trabaja en la mina, saca y carga los escombros

2. Abigail Canaviri (14 años). Entra todas las noches en las galerías de una de las minas más peligrosas del mundo. Allí empuja vagonetas cargadas de rocas durante doce horas, a cambio de dos euros

3. Lourdes Condori (12 años). Tiene 6 hermanos, el menor de 2 años y la mayor de 23, que también trabaja en la mina. Lo que más le gusta es jugar al fútbol con sus hermanos y quisiera estudiar para ser médico

4. Yessica Condori (11 años). Su papá trabaja en a 300 km y su mamá los saca adelante a ella y sus cuatro hermanos. A sus 11 años, muy tímida, aún no está en el colegio. «Todavía no me quieren recibir»

5. Maritza Cruz Ortiz. De mayor le gustaría ser policía para «agarrar a los criminales». Tiene seis hermanos. Su papá y su hermano trabajan en la mina. Maritza se escapa de casa a menudo, va a los karaokes y pulquerías (tabernas de mineros) a «tomar». Ya mantiene relaciones sexuales

6. Modesto Pérez. Minero y viejo, una categoría improbable en Bolivia

7. Carmen Rosa Quispe (12 años). Sólo tiene a su madre y suele ayudarla en el interior de la mina. Juntan los restos de minerales, las partículas despreciadas por otros y las venden. Le gustaría ser profesora de educación física

8. Maruja Orrillo (12 años). Trabaja en la mina de vez en cuando. Su papá es minero. Tiene otros siete hermanos, algunos de ellos también mineros en Potosí

una cocina de gas y la cama donde duermen Abigail, su hermano y su madre, menos apretados desde que los dos hermanos mayores emigraron a Porco y Oruro para buscarse la vida. En esta casa comen maíz hervido, papas y arroz. Y acarrean el agua potable desde una cisterna cercana. En eso están mejor que otras familias, todavía acostumbradas a usar las aguas cargadas de metales que fluyen por la ladera.

Viven aquí, en la canchamina, porque sólo aquí pueden rascar algún sustento. Doña Margarita trabaja de palliri, partiendo rocas con un mazo para seleccionar los bloques más valiosos, barre el polvo de la mina para obtener algunas pizcas de estaño y ejerce de guarda, custodiando las

herramientas y la maquinaria de los mineros. Entre una cosa y otra, gana unos 400 pesos mensuales (40 euros). Pero adquiere un compromiso: se hace absolutamente responsable del material guardado en la caseta, apenas cerrada por una plancha metálica que no encaja en el quicio.

Un domingo de diciembre de 2008, cuando doña Margarita y Abigail regresaban a casa cargando un bidón de agua potable, vieron que alguien había arrancado la puerta. Y que les habían robado tres máquinas de los mineros, valoradas en unos 700 euros cada una. Desde entonces, ambas trabajan gratis para la cooperativa, hasta satisfacer la deuda.

Para sobrevivir, Abigail escamotea algu-





2



3



4

nos pedazos de mineral y los vende a los turistas de Potosí a cambio de unos pesitos.

Abigaíl es el eslabón más débil de un sistema perverso. En Bolivia, alrededor de 5.000 mineros trabajan para la empresa estatal Comibol, otros 9.000 lo hacen para compañías privadas, pero la gran mayoría, unos 45.000, se buscan la vida -y a menudo la muerte- por su cuenta y riesgo.

El caos empezó en 1985, cuando Comibol, ahogada por las deudas, la ineficacia y la corrupción, despidió a 23.000 mineros y dejó muchos yacimientos sin control. Modesto Pérez es minero viejo, una categoría improbable en Bolivia: «Cuando se quedaron sin empleo, muchos saquearon las instalaciones para vender el material», recuerda. «Se llevaron los raíles, las tuberías de ventilación, los cables, las máquinas; hasta el último fierro». Los mineros despedidos se organizaron en unas mal llamadas cooperativas: cuadrillas de unos pocos socios que arrendan un yacimiento, lo explotan de manera artesanal y sin medidas de seguridad, y obtienen un rendimiento exiguo. Si las cosas van bien, ofrecen trabajo a otros mineros para seguir con la explotación: sin contratos, sin seguros, sin cotizaciones, con jornales que alcanzan para sobrevivir.

Y trabajan en peores condiciones que hace cien años, como explica Pérez: «Desde los saqueos, en muchas galerías no hay vagonetas ni raíles; tenemos que cargar

los sacos de mineral al hombro y llevarlos andando tres o cuatro kilómetros hasta el exterior. La electricidad falla a menudo, así que nos quedamos sin jaula [el ascensor que desciende a las galerías] y bajamos y subimos por las escalas, cuarenta o sesenta metros en vertical, cargados con las perforadoras. Es muy riesgoso. Un resbalón y adiós». La falta de planificación también mata: «Ya no hay ingenieros ni técnicos. Antes se prohibían las zonas peligrosas, las que se podían derrumbar. Ahora cada cuadrilla taladra por donde quiere, sin plan.

Harta gente muere porque excava sin saber lo que hay encima y se le derrumba la galería». El apuntalamiento de las galerías da escalofríos: el peso de la montaña descansa sobre vigas combadas, roídas, puestas hace demasiados años. «Ya no se cambian», dice Pérez, «porque ganamos lo justito...

Tampoco podemos reconstruir el sistema de ventilación... Algunos compañeros trabajan en pozos muy estrechos, donde sólo pueden entrar arrastrándose, y como ya no hay bombeo de oxígeno, encuentran una bolsa de gas y se ahogan allá dentro». A los 59 años, a Pérez no le queda ningún compañero de su edad. Todos murieron aplastados por derrumbes o asfixiados por la silicosis.

Es difícil que un minero viva más de 35 o 40 años. Cuando muere el padre, la viuda y los hijos quedan en la miseria, se instalan

Miedo a la silicosis Un médico le dijo a Abigaíl que deje la mina para que no le ocurra lo que a su papá, que escupía pedazos de pulmón



1. **Anastasia Arillo (15 años)**. Hasta hace poco era «quechuista cerrada», casi no hablaba castellano. Su familia emigró de las zonas rurales cuando la cotización del estaño subió. Desde hace un año trabaja como sirvienta en una casa potosina. Antes ayudó a su mamá en las afueras de la mina. Quisiera ser abogada

2. **Dos mineros** tratando el mineral en uno de los caóticos ingenios de Llallagua

3. **Jaime Ruiz (14 años)**. Vive con la familia en las casetas del sector minero de Potosí. Alguna vez acompaña a su hermano a trabajar en la mina

4. **Ramiro Aracapi (16 años)**. Trabaja en la mina 6 horas diarias ayudando a su padre. «En casa vivimos muchos y hay que colaborar». Tiene cuatro hermanos menores. Intenta no faltar al colegio. «Me gustaría ser bachiller, pero este año he empezado a flojear en los estudios por culpa del trabajo». Gana un euro y medio, al día. Entre el sueldo de su padre y el suyo «nos alcanza mejor para comida y a veces para ropa»

5. **Joaquín Coro (14 años)**. No conoció a su padre, «se lo tragó la mina». Sus siete hermanos, todos, son mineros. Él también ayuda «a botar las piedras», tarea con la que gana dos pesitos (20 céntimos de euro). Bebe alcohol y masca coca como otros mineros. Le gusta leer fábulas

6. **Janet Bobarin (12 años)**. Huérfana de padre y madre, su hermana trabaja como «guarda» en la mina y cuida de ella. Le gustaría visitar Francia «que tiene que ser bien linda»

7. **Alfredo Espinosa (14 años)**. Sin padre y con 13 hermanos. Trabaja como albañil, hasta que se va el sol

8. **Interior de la mina** de Llallagua





5



6



7



8

A la espera del presidente

El presidente boliviano Evo Morales viajó a Chile para visitar a su compatriota Carlos Mamani, uno de los 33 rescatados en la mina San José. Le invitó a volver a Bolivia en el avión presidencial y le prometió un puesto de trabajo y un terreno para construirse una casa. Pero, lejos de los focos, miles de mineros padecen condiciones miserables en Bolivia sin que nadie se preocupe demasiado. Entre los jóvenes, por ejemplo, se repite la queja del desamparo. «Se habla mucho de los derechos de los niños pero en Potosí esos derechos no existen», dice Abigaíl Canaviri, 14 años. «Acá nos maltratan. Y queremos que las autoridades nos expliquen por qué nadie protege nuestros derechos, por qué no vienen a visitar nuestras casas en la bocamina. Nosotros tenemos miedo. Pero ellos están muy ocupados». «El Gobierno de Morales ha sido el primero en dedicar algo de dinero a luchar contra el trabajo infantil», asegura Eva Udaeta, directora del Plan para la Erradicación del Trabajo Infantil. Aunque, sobre el terreno, el exiguo presupuesto de este plan apenas alcanza para enviar a unos pocos inspectores de trabajo a las bocaminas.

(Centro de Promoción Minera), los buenos precios actuales del estaño atraen a los adolescentes que quieren hacer dinero y la cifra real de mineritos ronda los 13.000.

Cepromin intenta sacar a los niños del subsuelo. Los acoge en sus centros al pie de mina, donde los pequeños trabajadores tienen asegurado un desayuno, una comida, un baño de agua caliente y un entorno amable, a salvo del alcoholismo y la violencia que azotan muchas casas. Cuentan con profesoras de apoyo. Los adolescentes reciben formación profesional y algunas familias obtienen microcréditos para poner en marcha pequeños negocios (panadería, mecánica, electricidad, costura, zapatería...).

A uno de esos centros acude Abigaíl muchas mañanas. Su empeño es asombroso: cuando sale de la mina, después de trabajar toda la noche, no se mete en la cama sino que acude al centro de Cepromin para desayunar y hacer las tareas del colegio, al que asiste algunas tardes. «Tengo que estudiar para tener una profesión. Es la única manera de sacar a mi mamá y a mi hermanito de la mina», explica. Con sus manos de minera, curtidas, agrietadas y teñidas por el polvo de estaño, hojea libros ilustrados de Disney y detiene la mirada en los vestidos de Cenicienta o la Bella Durmiente. Le quedan por delante cuatro cursos para sacarse el bachillerato. Suspira: «Pero la escuela se me hace difícil. A veces me quedo dormida».

Los jóvenes como Abigaíl no se resignan. Muchos de ellos, con 12, 14 o 16 años, se reúnen en asambleas, debaten sobre los derechos de los menores y las leyes bolivianas, redactan informes con sus peticiones y las envían a las autoridades. Son los grupos nats («niños y adolescentes trabajadores»), organizaciones dirigidas y gestionadas por los propios jóvenes, que luchan por mejorar las condiciones de los mineritos, los vendedores callejeros, los empleados del hogar, los lustrabotas...

Fernando Pérez tiene 18 años y por eso cumple sus últimos días como presidente de los nats en la región minera de Llallagua y Uncia. Nos muestra la casita que han construido con ayuda de Cepromin y varias

instituciones extranjeras y que los propios jóvenes administran: comedor, sala de reuniones, dormitorios... También cuentan con un horno de pan y tres pequeños invernaderos, cuya producción sirve para financiar los gastos. Fernando está organizando un encuentro de nats de toda Bolivia, que se ha retrasado varios meses porque falta parte del dinero: «Es importante que nos juntemos», dice, «para conocernos, compartir nuestros problemas y plantearlos a los políticos».

Fernando empezó a trabajar en la minería con 13 años, en una tarea típica de los adolescentes: se dedicaba a filtrar las aguas sobrantes que vierten los ingenios, aguas cargadas de ácidos que corren por una quebrada pestilente, alfombrada de basuras y cadáveres de animales putrefactos, donde los niños rescatan las últimas arenillas de estaño. Trabajando ocho horas diarias en ese arroyo tóxico, su hermano Ricardo y él sacaban veinte sacos de treinta o cuarenta kilos que luego acarrearán hasta los almacenes compradores de mineral. Ganaban dos o tres euros cada uno, a cambio de quemarse la piel de los brazos, machacarse la espalda, sufrir dolores de cabeza y

tener dificultades para respirar.

«Entonces éramos changuitos y aquello era bien duro», cuenta Fernando. «Después descargamos camiones y trabajamos en la construcción. Mi hermano entró a la mina pero yo nunca quise. Es muy riesgoso. Hace mucho calor, se respira mal, se clavan piedritas filosas en los ojos y hartos mueren por los derrumbes. Una vez a mi hermano se le hundió el suelo bajo los pies. Salió trepando, corrió por el socavón y unos segundos después se derrumbó toda la zona».

Fernando tiene muy claro lo que no quiere. Y lo que quiere: marcharse a Sucre para matricularse en Bioquímica y ser farmacéutico. Abigaíl también sueña con estudiar Medicina «para darles medicinas a los niños pobres y curarlos gratis». Ambos pertenecen a esa nueva generación de mineritos que no se resignan a un futuro acorralado por derrumbes y enfermedades. Ambos pelean por salir del subsuelo.

en las casetas de la bocamina y los adolescentes como Abigaíl empiezan a trabajar en las galerías. O en los ingenios exteriores, donde muelen el mineral con enormes quimbaletes manuales (corren el riesgo de aplastarse las manos o los pies, se les hinchan las articulaciones, sufren artritis y tendinitis), concentran el estaño utilizando aguas saturadas de ácidos y xantato (y por las noches sienten clavos incandescentes atravesándoles la cabeza) o acarrear el mineral hasta los almacenes (y quedan doblados por los dolores de espalda). Las autoridades calculan que unos 3.800 niños y adolescentes trabajan en las minas bolivianas, pero según la ONG local Cepromin